

# Artículo

---

## Centenario de la Primera Guerra Mundial: memoria histórica de los crímenes de guerra

Carlos Brokmann Haro\*

RESUMEN: 2014 marca la conmemoración de un siglo del inicio de la Primera Guerra Mundial. El objetivo principal de este artículo es demostrar que no fue el conflicto limitado y civilizado que la mayoría de los autores han descrito. Desde este punto del debate se discuten las principales atrocidades y crímenes de guerra cometidos, particularmente a la luz de los derechos humanos contemporáneos. Debido a que esta referencia es muy diferente al marco jurídico vigente en 1914, se estudian sus alcances y limitaciones. En particular se discute la existencia de las áreas de opacidad o imprecisión legal, que fueron aprovechadas por las naciones en conflicto para desarrollar programas militares y políticos tendentes a la guerra total. Las violaciones a combatientes (ejecuciones, malos tratos a prisioneros, trabajos forzados, etcétera) ocurrieron frecuentemente, pero muy concentradas en regiones y entre enemigos específicos. Las violaciones a los no combatientes fueron muy graves; por ejemplo, el bloqueo naval de superficie o submarino provocó millones de víctimas y no han sido reconocidos oficialmente como atrocidades de guerra. Episodios como la Violación de Bélgica, el Genocidio Armenio, así como la eliminación masiva de población en Serbia, Rumanía, Italia, Rusia y otros países son crímenes de guerra que es frecuente negar u olvidar. A un siglo esta actitud es imperdonable. La mejor manera de comenzar a aprender las lecciones de la Primera Guerra Mundial es reconocer que fue un conflicto sangriento, cruel, criminal y en su mayor parte inútil.

ABSTRACT: 2014 marks the commemoration of a century since the start of World War I. The main goal of this article is to prove that this was not the limited, civilized conflict that most authors have described. From this debating point the most important atrocities and war crimes are discussed, particularly in light of contemporary human rights. Due to the fact that this perspective is very different from the 1914 legal framework, their scope and limitations are studied. In particular, areas of legal opacity or imprecision are discussed, because they were used by combatant nations to develop military and political programs leading to Total War. Atrocities committed against Combatants (executions, prisoner abuse, forced labor, etcetera) happened frequently, but are highly concentrated both regionally and between specific foes and enemies. Violations against Non-Combatants were severe: in the case of naval surface or submarine blockades claimed millions of victims and have not been officially recognized as war atrocities. Episodes such as the Rape of Belgium, the Armenian Genocide, and the massive elimination of population in Serbia, Rumania, Italy, Russia, and other countries are war crimes that are frequently denied or forgotten. At a one century this attitude is unforgivable. The best way to begin to learn the lessons of World War I is to acknowledge that it was a bloody, cruel, criminal, and mostly useless conflict.

SUMARIO. Introducción. A un siglo de la guerra que acabaría con todas las guerras. I. Marco jurídico de los crímenes de guerra en 1914. II. Violaciones y atrocidades cometidas contra combatientes. III. Violaciones y atrocidades cometidas contra no combatientes. IV. El debate del bloqueo naval en clave de derechos humanos. V. Reflexiones sobre atrocidades y crímenes de guerra a un siglo de distancia.

---

\* Investigador del Centro Nacional de Derechos Humanos de la CNDH.

## Introducción. A un siglo de la guerra que acabaría con todas las guerras

A principios del siglo XX Europa en particular y Occidente en lo general tenían una conciencia que podríamos considerar demasiado optimista en retrospectiva acerca de la manera en que serían respetados los lineamientos del derecho internacional en la conducción de futuras guerras. Un siglo de paz relativa dentro del continente, la constitución de una serie de principios generales para la conducción de hostilidades y el surgimiento de instituciones para llevarlas a cabo de manera voluntaria parecían apuntar a conflictos limitados. No obstante, el optimismo se apoyaba en poco más que buenos deseos. En los dos ámbitos más discutidos y legislados en torno al propósito de “civilizar” las guerras encontramos claros ejemplos que debieron tener sobre aviso a la opinión experta y común de la época. En lo que se refiere al tratamiento de los prisioneros de guerra, conflictos como los presenciados en Solferino, Crimea, la Guerra Civil de Estados Unidos, Serbia, Bulgaria o Grecia apuntaban a la dificultad de implementar los acuerdos. Y del resultado en ausencia de un aparato jurisdiccional para castigar las transgresiones. Del otro lado, la conducta hacia los civiles y no combatientes había sido igualmente violatoria en los mismos casos. En las guerras Bóer, los propios británicos, heraldos de la civilidad, habían instituido bloqueos, campos de concentración y el acoso hostil activo contra la población desarmada como formas de control y debilitamiento de la voluntad de combate. Ni que decir de la salvaje represión y colonización en regiones como el Congo, donde los belgas diezmaron la población de manera genocida. Todo esto fue justificado a la luz de la asimetría del proceso civilizatorio. A las objeciones acerca del trato a los prisioneros de guerra se respondía con el hecho indiscutible que la legislación era cada vez más benévola. Y que las infracciones a gran escala ocurrían entre enemigos no civilizados, entidades que no entraban en el “concierto de las naciones”. La desigualdad en el trato hacia otros grupos y culturas se basaba en la premisa racista de que la conducta civilizada se debía reservar a los antagonistas civili-

zados. De manera que Europa practicaba formas de hacer la guerra que violaban sus propios postulados al tiempo que creía en la ilusión de que los futuros conflictos seguían estas reglas por tratarse de ellos mismos.

Un autor fundamental para entender el pensamiento militar vigente en la Primera Guerra Mundial es sin duda Karl von Clausewitz. Su obra principal, *De la guerra*, deja por completo del lado el binomio guerra-paz como problema teórico. Tomando distancia de su contemporáneo Kant, el prusiano consideró que su tema de investigación era únicamente la guerra, por lo que la paz es un problema ajeno a sus consideraciones. Partiendo de la experiencia napoleónica, planteó el derecho internacional y los principios éticos no habían sido capaces de detener el estallido de los conflictos. Más aún, tampoco habían logrado en la historia europea mitigar los peores efectos y excesos que podían desarrollarse por las acciones militares. Por esta razón la política sería el único medio capaz de detener o mitigar los efectos bélicos fuera y dentro del campo de batalla. Sin embargo, Clausewitz comenzó su análisis planteando que es justamente la política la que busca alcanzar sus fines a través de la guerra y adopta formas particulares para alcanzar este propósito: “la guerra es un camaleón”. La guerra armada es solamente una manifestación posible de los conflictos políticos. Idealmente, los aparatos burocráticos y gobiernos deberían ser capaces de conducir a través de la diplomacia una forma de guerra menos dañina para la población. En ausencia de este marco ideal la guerra era el último recurso de la política y el instrumento más importante para obtener sus fines por medios que no fueran los diplomáticos.<sup>1</sup>

Uno de los efectos del tipo de interés historiográfico por la Primera Guerra Mundial ha sido centrar la atención en ciertos fenómenos, dejando de lado otros. Por ejemplo, mientras que el sufrimiento de los soldados en las trincheras occidentales ha sido destacado desde un principio, la comisión de violaciones,

<sup>1</sup> José Fernández Vega, “War as ‘Art’: Aesthetics and Politics in Clausewitz’s Social Thinking”, en Hew Strachan y Andreas Herberg-Rothe, editores, *Clausewitz in the Twenty-First Century*, Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 132-133, (The Changing Character of War Programme).

consideradas “atrocidades” de guerra, ha sido poco analizada. El resultado es que aún obras recientes de historiadores destacados continúan con una imagen idílica del conflicto. En el caso de John Keegan, sin duda el historiador militar más reconocido en la actualidad, sorprende su opinión de que se trató de un conflicto relativamente benigno y que se condujo acorde con la costumbre del derecho de guerra, si bien ni en todos los escenarios ni con apego a la letra.<sup>2</sup> Es posible que esta percepción derive de la comparación directa con la siguiente guerra mundial, en la cual se cometieron excesos que continúan siendo discutidos cotidianamente. Investigadores más puntuales señalan lo contrario y abren el panorama de la explicación. La suerte de los no combatientes en varios escenarios, de los prisioneros de guerra y de los propósitos presuntamente civiles de algunas campañas puede cuestionarse. No obstante, Keegan tiene razón en un sentido importante. Este conflicto armado no alcanzó la intención premeditadamente genocida que tuvo claramente la siguiente guerra mundial.

En una revisión de la historiografía reciente, Nelson subraya la presencia constante de la exculpación de los participantes en las atrocidades. Esta tendencia, consolidada casi desde las primeras obras en los países aliados, ha tenido en Alemania exponentes peligrosos. Una variable frecuente es minimizar los hechos por las cifras relativamente bajas (al menos en com-

paración con la siguiente guerra mundial). En otros casos la ausencia de información confiable, como en el caso de los abusos contra los eslavos en el Frente Oriental, refleja un interés por mantener estos temas fuera del debate.<sup>3</sup> El efecto resulta doblemente grave porque las violaciones de la Primera Guerra, solapadas internacionalmente, no perseguidas conforme con el derecho y finalmente justificadas por la historiografía, fueron la semilla del genocidio que ocurrió unas décadas después.

Para los aliados, incluyendo Estados Unidos desde antes de entrar en el conflicto, la campaña submarina de hundimiento irrestricto significaba una grave infracción al libre comercio. El hecho de que no existiera un marco normativo claro que pudiera aplicarse a esta nueva forma de combate naval no impidió que Gran Bretaña consiguiera consolidar el punto de vista de que se trataba de una campaña

<sup>2</sup> El elemento central de la visión “benigna” o “pacífica” de esta contienda es la referencia comparativa con lo ocurrido en la conflagración de 1939-1945. Tras haber publicado varios textos sobre esta última, en su obra de divulgación para la de 1914-1918 John Keegan reflexiona: “Above all, the war imposed on the civilian populations involved almost none of the deliberate disruption and atrocity that was to be a feature of the Second. Except in Serbia and, at the outset, in Belgium, communities were not forced to leave their homes, land and peaceful occupations; except in Turkish Armenia, no population was subjected to genocide; and, awful though the Ottoman government’s treatment of its Armenian subjects was, the forced marches organised to do them to death belong more properly to the history of Ottoman imperial policy than to that of the war itself. The First, unlike the Second World War, saw no systematic displacement of populations, no deliberate starvation, no expropriation, little massacre or atrocity. It was, despite the efforts by state propaganda machines to prove otherwise, and the cruelties of the battlefield apart, a curiously civilised war”. John Keegan, *The First World War*. Toronto, Vintage Canada-A Division of Random House of Canada Limited, 2000, pp. 8-9.

<sup>3</sup> El énfasis historiográfico en la narrativa de hechos (muy por menorizados) ocurridos en el Frente Occidental ha sesgado la imagen de la guerra en su conjunto. Las opiniones predominantes hasta hace una década se basaban en lo ocurrido en las trincheras entre alemanes, británicos y franceses predominantemente. En cambio, otros teatros de operaciones fueron abandonados por el interés mayoritario debido a que existieron procesos históricos paralelos que hicieron más compleja su comprensión. Esto es una lástima debido a que muchas de las principales atrocidades y crímenes de guerra cometidos entre 1914 y 1918 ocurrieron fuera de los campos de Flandes y Francia. Dos de los principales ejemplos son la ocupación alemana de territorio ruso y los procesos de violación masiva de los derechos de la población ocupada de Serbia por parte de austrohúngaros y alemanes. En relación con el problema del Frente Oriental Nelson reflexiona: *Indeed, the cultural history of Germany’s occupation of the East in the first world war has only just begun with Vejas Gabriel Liulevicius’ War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity, and German Occupation in World War I (Cambridge 2000). In this study, the Germans are clearly the perpetrators, not the victims. Further, the excellent analysis of the German atrocities of 1914 in France and Belgium, by Dublin-based historians John Horne and Alan Kramer, places these crimes, such as mass retaliatory executions of civilians, as a key moment in the opening chapter of a most bloody century. With ‘only’ 3500 murdered civilians, the tone here, as in Liulevicius, is one of a relatively less violent and cruel participation by German soldiers in wartime. Nevertheless, such crimes opened up new spaces of thinking, new possibilities, brought to fruition in the murderous assaults of the second world war.* [John Horne and Alan Kramer, *German Atrocities, 1914: A History of Denial* (New Haven, Yale University Press, 2001)]. Robert L. Nelson, “‘Ordinary Men’ in the First World War? German Soldiers as Victims and Participants”, *Journal of Contemporary History*. Londres, vol. 39, núm. 3, 2004, pp. 426-427.

ilegal. El embajador de Estados Unidos en Alemania trató el tema directamente con el káiser y el canciller, confirmando el punto de vista de que no estaban dispuestos a retractarse de estos métodos. Es interesante que en su descripción de la conversación el Káiser Wilhelm II insistiera que la campaña submarina era la única respuesta posible al bloqueo aliado de químicos y alimentos para los alemanes. Kramer ha destacado que la política pro activa estadounidense en torno al libre comercio y contra las atrocidades cometidas en Bélgica se encuentra en claro contraste con la gradual desaparición de la escena de propaganda de las deportaciones masivas y del trabajo forzado como crímenes de guerra. Subraya el hecho de que hasta 1920 los aliados consideraron las deportaciones tan violatorias del derecho internacional que el número de acusaciones relativas a este crimen sólo ocupaba el segundo lugar después que las ejecuciones extrajudiciales en las propuestas de juicios internacionales.<sup>4</sup>

El estudio de las violaciones a la normativa del derecho internacional humanitario para el caso de la Primera Guerra Mundial tiene limitaciones técnicas también. Un problema muy claro es el análisis contemporáneo de la evidencia forense. En el caso de la mortalidad por arma de fuego, un análisis correcto implica la aplicación de técnicas y metodologías no disponibles antaño. La mortalidad derivada del uso de armas de fuego o de otro tipo debe ser analizada con base en el arma en sí misma, los cartuchos y la munición y las heridas resultantes. Para forenses contemporáneos la balística de la herida es cuando menos tan importante como la psicología del perpetrador y ambos son fundamentales para el reconocimiento de los crímenes de guerra y las atrocidades. En el caso de los prisioneros de guerra estos factores co-

bran doble relevancia debido a que se trata de víctimas que pudieron ser inhabilitadas o discapacitadas previamente con el empleo de diversos medios. Mientras que los fusilamientos en masa y las fosas comunes son elementos diagnósticos desde hace cientos de años, el tipo de estudio que implica la tecnología forense contemporánea es ajeno a lo ocurrido apenas hace un siglo. Los estudios más modernos permiten identificar con tal precisión el arma y el cartucho utilizados, así como la orientación, inclinación y distancia de los disparos, que ahora resulta prioritario la contextualización para identificar la intencionalidad en la presunta comisión de un crimen de guerra. Otro problema común, identificado en la práctica a través de la estadística de la mortalidad, es el de la proporción entre muertos, heridos y prisioneros. Como han propuesto algunos médicos forenses especializados es imprescindible elaborar tablas estadísticas comparativas que permitan identificar las áreas peligrosas o “focos rojos” en las que ocurren proporciones iniciadas con prácticas criminales tales como la ejecución sumaria.<sup>5</sup> Por supuesto, una sistematización coherente del conjunto de datos disponible debe ser analizada a la luz del derecho internacional vigente en la época y, para propósitos comparativos, con nuestro propio marco de referencia jurídico.

El esfuerzo legislativo y normativo del siglo XIX para encauzar los límites de la acción bélica dentro de parámetros aceptables tuvo gran impacto en la opinión pública. En Europa, la alfabetización amplia de la población significó que buena parte de sus pobladores estaban al tanto no solamente de lo alcanzado por la Cruz Roja Internacional, sino también de las intenciones centrales de las Convenciones de Paz de

<sup>4</sup> La importancia dada por la propaganda de los aliados, particularmente en Gran Bretaña, a las violaciones y atrocidades cometidas por los alemanes al violar la neutralidad de Luxemburgo y Bélgica ha sido el rasgo distintivo para la construcción de la memoria de estos actos. El efecto propagandístico llegó a tal extremo que la mayor parte de las acusaciones penales en la posguerra relacionados con la comisión de delitos durante el período se centraron en estas áreas y regiones. Alan Kramer, *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*. Oxford, Oxford University Press, 2007, pp. 46-47, (The Making of the Modern World).

<sup>5</sup> Utilizando la metodología propuesta por estos autores, realizamos de manera preliminar algunas comparaciones relativas a la proporción de bajas en combatientes en el periodo de 1914 a 1918. Es evidente que existieron áreas y regiones en las cuales la proporción discrepa tan notablemente que apuntan de manera inequívoca hacia la presencia de violaciones masivas. En el caso de ejecución de prisioneros los ejemplos más destacados ocurrieron en Serbia, los combates entre turcos y fuerzas británicas como australianos y neozelandeses y también con los abusos hacia tropas auxiliares africanas por parte de las tropas europeas enemigas. Robin M. Coupland y David R. Meddings, “Mortality Associated with Use of Weapons in Armed Conflicts, Wartime Atrocities, and Civilian Mass Shootings: Literature Review”, *British Medical Journal*. Londres, vol. 319, 1999, pp. 407-408.

París, La Haya y Londres. Esta base cognoscitiva fue aprovechada por la propaganda de todas las potencias durante la Primera Guerra Mundial. Los ideólogos británicos utilizaron los ejemplos exagerados de la violación alemana de Luxemburgo y Bélgica para justificar sus propios actos de guerra en aquellas condiciones en donde éstos pudieran haber sido considerados controversiales. Este esfuerzo se encasó primordialmente hacia Estados Unidos, donde se presentó el esfuerzo de guerra de las Potencias Centrales como violatorio de los tratados, normas y costumbres aceptadas por los países civilizados. De hecho, aunque el tema de los crímenes de guerra cometidos contra no combatientes había sido discutido desde la antigua Grecia, para Gullace los tratados mencionados contenían provisiones que los propios aliados consideraron bárbaras e inaceptables durante la contienda. Las convenciones de La Haya habían fracasado al abordar el tema de la conducta que debía seguirse respecto de los civiles no armados. En los ocho años que transcurrieron entre ambas el propósito fundamental paso del desarme generalizado como base para una paz permanente hacia consensar normas básicas para la conducción de las hostilidades.<sup>6</sup> Este resultado derivó de la negativa de las potencias a subordinar su soberanía, a captar el arbitraje internacional y limitar las necesidades militares en aras de establecer reglas de conducta obligatoria. El talón de Aquiles de las convenciones fue que dejaba intacta la soberanía nacional y únicamente co-

<sup>6</sup> En textos anteriores nos hemos referido al problema de la normativa relativa a la conducción de las hostilidades utilizando la división tradicional entre derecho de guerra y derecho en la guerra. En esta ocasión consideramos innecesario hacerlo debido a que la legislación desarrollada desde mediados del siglo XIX había puntualizado de manera clara los principales elementos y permitido que se abandonará hasta cierto punto el apego a la costumbre como eje rector de la conducta militar. De todas maneras, debemos recalcar y sugerir para posterior análisis el hecho de que justamente con la modernidad decimonónica empezará la ahora práctica de legislar a conveniencia y aplicar la norma únicamente en casos que así lo requiriese la parte vencedora. Como ha señalado Danilo Zolo, la construcción del discurso de legalidad y legitimidad de un conflicto depende en la mayoría de los casos de la voluntad de la parte victoriosa, creando vacíos de justicia y posible interpretación como veremos en este texto. Nicoletta F. Gullace, "Sexual Violence and Family Honor: British Propaganda and International Law During the First World War", *The American Historical Review*. Oxford, vol. 102, núm. 3, 1997, pp. 728-731.

locaba en la conciencia pública interna y externa una sanción moral en caso de contravenir la norma aceptada. La ausencia completa de un organismo que las tutelara llevó a su fracaso inmediato en los casos de las guerras Bóer y la guerra ruso japonesa. El hecho de que Gran Bretaña violentara prácticamente todos los lineamientos morales en su trato de la población bóer en Sudáfrica la convirtió en el blanco de las críticas principales de la opinión pública internacional. A pesar de estos antecedentes fue precisamente la propaganda británica la que rehabilitó las convenciones de limitación a los actos de guerra, especialmente las de La Haya.

## I. Marco jurídico de los crímenes de guerra en 1914

La normativa internacional en torno a los delitos y crímenes cometidos durante una guerra declarada tuvo un lento desarrollo. Todas las culturas y civilizaciones han incluido pautas y normas de la declaración y de la conducta durante las hostilidades, pero de igual manera su violación sistemática ha sido la pauta más común. En el caso de los antecedentes jurídicos de la Primera Guerra Mundial sus principales elementos se centran en la sistematización del *ius gentium* europeo que había sido convertido en principio del derecho internacional a partir de la Paz de Westfalia. Los horrores de las guerras pretéritas, especialmente la Guerra de los Treinta años y las guerras napoleónicas, llevaron a mediados del siglo XIX a buscar limitar los efectos que tuviera una conflagración. El énfasis principal de esta legislación fue la protección del derecho internacional relativo al libre comercio y, en segundo lugar, la protección de los combatientes durante hostilidades declaradas entre naciones. Con estos objetivos en mente surgieron instrumentos internacionales que complementaron instituciones de nueva creación como la Cruz Roja. El primer instrumento de este tipo fue la primera convención de Ginebra, firmada en 1864 y que se abocó primordialmente a la conducción de los combatientes durante un conflicto armado internacional. En Estados Unidos, sumergidos en la fratricida Guerra Civil, el código líder de 1863 significó un intento todavía más

pragmático para limitar la conducta durante el combate. Con base en estos antecedentes se llevaron a cabo las convenciones de La Haya. Estas convenciones celebradas en 1899 y 1907 protegieron formas consideradas lícitas de conducción de las hostilidades mientras limitaban manifestaciones tales como el bombardeo indiscriminado de objetivos civiles o ciudades no defendidas.<sup>7</sup> En realidad, la protección efectiva de los combatientes y especialmente de los no combatientes debe referirse al final de la Segunda Guerra Mundial, con la carta de Núremberg y posteriormente las convenciones de Ginebra y sus protocolos adicionales. Por esta razón a lo largo de este texto tratamos de vecindar y delimitar aquellos actos que fueron considerados directamente una atrocidad o crimen de guerra en la definición jurídica para distinguirlos de aquellos que aparezcan bajo esta categoría únicamente en la legislación posterior. Es imprescindible señalar que no puede juzgarse jurídicamente un acto cuando el marco para hacerlo es posterior a la comisión de los hechos. Al mismo tiempo nos parece fundamental reconocer que muchos de estos eventos y actos criminales fueron considerados crímenes de guerra desde esa época. La ausencia de positivación jurídica no significa de ninguna manera que no se hayan infringido los derechos humanos.

El antecedente más directo del juicio de crímenes de guerra previo a la conflagración de 1914 fue resultado de las atrocidades cometidas en las dos guerras balcánicas a principios del siglo. Con los auspicios de la Carnegie Endowment for International Peace se estableció una comisión multilateral que incluyó al representante francés ante las conferencias de La Haya, así como a destacados juristas y perso-

<sup>7</sup> La intención fundamental de los tratados y convenciones del siglo XIX y del siglo XX temprano fue limitar la acción armada sobre los combatientes o soldados permanentes de los ejércitos nacionales que entrarán en combate. La consideración por los civiles o no combatientes fue secundaria. Los casos mencionados por estos autores únicamente protegían manifestaciones previsibles que implicaban también la destrucción de propiedad. En este sentido sorprende la falta de previsión, que consideramos probablemente intencional, por parte de los legisladores al no abordar el problema salvo en casos excepcionales. Leslie Alan Horvitz y Christopher Catherwood, *Encyclopedia of War Crimes and Genocide*. Nueva York, Facts on File Inc. e Infobase Publishing, 2006 (Facts on File Library of World History).

nalidades afamadas de Alemania, Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos. El proyecto concluyó con la publicación del *Report of the International Commission to Inquire into the Causes and Conduct of the Balkan Wars* a principios de 1914, dando tiempo para que fuese leído, asimilado y discutido críticamente. En opinión de Kramer el documento resulta “una investigación bien documentada e imparcial, fríamente escéptica de las denuncias exageradas y alcanzó conclusiones que no han sido mejoradas hasta el día de hoy”.<sup>8</sup> De manera destacada apuntó que es la intervención militar de todos los involucrados, sin importar que se tratara de atrocidades cometidas contra musulmanes o por cristianos. Identificó desde ese momento un patrón peligroso para la región. Se trata de lo que posteriormente se ha denominado “limpieza étnica”, llevada a cabo particularmente por serbios y montenegrinos en las poblaciones habitadas primordialmente por albaneses. Para diversos autores estas atrocidades pueden ser vistas como el prelude de lo ocurrido en la Primera Guerra Mundial y, por supuesto, de los eventos registrados en la región hasta principios del siglo XXI. Si bien las matanzas y otras formas de violencia contra la población no combatiente no alcanzaron a los límites genocidas recientes, la Comisión encontró que todos los países involucrados habían violado las leyes y costumbres de la guerra. Las conclusiones de la propia Comisión señalaban meses antes del inicio del conflicto mundial en agosto que las implicaciones de una guerra nacionalista con carácter étnico y de reivindicación múltiple podían ser gravísimas en el futuro inmediato. Esto resulta particularmente grave como antecedente al considerar que las convenciones de Ginebra y La Haya que habían tenido lugar pocos años atrás no

<sup>8</sup> Este informe puede ser considerado no sólo el antecedente más importante que el intento de aplicar justicia mediante tratados y convenciones internacionales en casos de conflicto armado, sino un triste parteaguas para épocas venideras. Ha sido constante la desatención al detalle y el hecho de que los tribunales especiales que se han logrado constituir y tener efectividad hayan sido instaurados casi siempre por potencias externas y los países en los que se han llevado a cabo, los han aceptado en parte como resultado de la presión internacional. En la seriedad de este informe se encuentra una fortaleza académica y de investigación que en la actualidad resulta imprescindible. A. Kramer, *op. cit.*, *supra* nota 4, pp. 138-140.

habían sido tomadas en consideración por ninguna de las partes. Es interesante notar que de los países involucrados, la mayor parte aceptaron su responsabilidad en la comisión de atrocidades contra la población desarmada. Grecia fue la única que alzó la voz por considerar que el tratamiento de la Comisión había sido benigno hacia los búlgaros, pero en general todos los observadores internacionales y los propios gobiernos aceptaron que el trabajo había sido puntual, crítico y neutral. Algunos de los peores temores expresados por la Comisión de la Carnegie habían sido que se desarrollara una guerra cultural. Esto significaba conflicto étnico, reivindicación nacionalista, venganzas históricas y otros factores no asociados con la modernidad comúnmente como objetivos de guerra. El problema central para el reporte era el negro panorama que pintaban estos objetivos y odios teniendo a su servicio tecnología contemporánea que permitiría ejecuciones masivas, deportaciones cifradas en millones y una capacidad destructiva nunca antes vista. Sus conclusiones, consideradas pesimistas en la época, resultaron premonitorias de lo que ocurriría antes de terminar 1918 en la escala mundial.

Desde principios del siglo XX se ha discutido el alcance real de la legislación y la normativa contenida en las convenciones y declaraciones que limitaban los efectos de la lucha armada entre las naciones. Si bien las instituciones de corte humanitario, como la Cruz Roja Internacional, cambiaron el cariz de las condiciones posteriores al combate, otros efectos no fueron tan positivos. En particular se ha analizado el impacto y eficacia de las convenciones de París, La Haya y Londres a la luz de los desarrollos posteriores. En otro apartado discutimos el grado de apego de las potencias combatientes al de sus distintas disposiciones, pero es necesario apuntar también las limitaciones jurídicas que tuvieron desde su formulación original. Como ha descrito Danilo Zolo, uno de los ejes de la justicia de los vencedores es atender aquellos aspectos que los favorezcan y olvidar aquellos que los afectan negativamente. En este sentido debemos reconocer que el énfasis de las tres convenciones y la declaración de Londres fue limitar los efectos anti humanitarios de los conflictos armados llevados a cabo con tecnología moderna. La mayor

parte del articulado final de las convenciones se refiere al trato a los combatientes, dejando por completo del lado el papel de la sociedad civil no combatiente. El trato debido a los prisioneros, su alimentación, el empleo de armas consideradas particularmente nocivas y otros aspectos relativos al bienestar de los combatientes fueron tratados aunque fuera de manera somera. La apreciación de Zolo se puede aplicar directamente; en Londres significó legalizar y legitimar el empleo de la fuerza naval únicamente por las potencias principales, siendo relevante el hecho de que la propia Gran Bretaña no lo ratificara debido a que impedía algunos de los actos que le permitirían a la postre derrotar a Alemania.<sup>9</sup> Así también, las manifestaciones bélicas de carácter no nacional fueron colocadas en la ilegalidad por completo y crearon un marco jurídico muy adverso a su trato. En esta categoría entraban todas las rebeliones coloniales, las guerras libradas por los pequeños países independientes contra las potencias y los movimientos internos que buscaran el cambio político por la vía armada. La desprotección de las convenciones a los no combatientes se explica en este marco pragmático. El temor fundamental de los países que las negociaron fue enfrentar movimientos e insurrecciones y tener que hacerlo ajustándose a la normativa internacional; estos aspectos no quedarían resueltos hasta la formulación del tercer protocolo adicional a las convenciones de Ginebra a mediados del siglo XX. Esta misma razón de Estado, percibida como la necesidad de enfrentar un peligro interno o exterior de índole colonial mediante toda la fuerza posible y sin cortapisas morales o jurídicas, fue la que provocó el vacío jurídico previo al estallido de 1914. El derecho internacional derivado de las convenciones estipulaba que un pueblo conquistado no podía resistir al invasor y que toda forma de oposición armada o mediante el sabotaje sería considerado un acto partisano. Partisanos, guerrilleros e insurrectos lucharían fuera de la normativa internacional y por lo tanto no gozarían de su protección en absoluto. A pesar de que Holanda, Bélgica y Suiza propugnaron por el derecho de estos civiles armados a ser considerados jurídicamente combatientes, Alemania y Rusia se opusieron termi-

<sup>9</sup> N. F. Gullace, *op. cit.*, *supra* nota 6, pp. 731-733.

nantemente al concepto. Pocos años después ambas naciones probaron a través de sus respectivas invasiones porqué les preocupaba este estatuto. La violación de la neutralidad belga y luxemburguesa fue el ejemplo más acabado del trato discriminatorio a la resistencia civil mediante el terror, el fusilamiento sin juicio sumario y la comisión de actos criminales como forma de aplastar cualquier tipo de resistencia ciudadana. Sin lugar a dudas, la ausencia de un marco jurídico adecuado que protegiera esa acción de los civiles armados fue uno de las carencias de las convenciones previas a la gran guerra. Un aspecto igualmente importante fue dejar de lado, por razones nacionalistas análogas, la protección de minorías dentro de un Estado nacional. Amparados en el concepto más cerrado de soberanía los países europeos previeron el peligro de que las insurrecciones internas provocaran fisuras en el esfuerzo de guerra, por lo que se reservaron el derecho de ejercer la fuerza contra su propia población en aras de la razón de Estado. Turquía en el caso de griegos, armenios y kurdos; Austria con respecto de serbios, rutenos y gitanos; Rusia en relación con los cosacos, armenios, kazacos y otras minorías llevaron a cabo matanzas, deportaciones masivas y violaciones tumultuarias que han sido catalogadas a veces como genocidios. Y estos crímenes de guerra gravísimos habían quedado fuera de la tutela del derecho internacional humanitario por decisión de los gobiernos occidentales.

Una de las principales carencias jurídicas para el tratamiento de los crímenes de guerra durante la Primera Guerra Mundial fue la desprotección de la población civil. Los tratados y convenciones celebrados en los siglos XIX y XX, particularmente los de La Haya, habían sido formulados por potencias occidentales que incluyeron a la mayoría de los países europeos y a Estados Unidos. Habitados a siglos de luchas asimétricas de tipo colonial y a revueltas internas en distintas regiones y latitudes, las naciones occidentales determinaron establecer límites para la conducta militar hacia los combatientes. Los antecedentes legislativos inmediatos, implementados durante la Guerra Civil de Estados Unidos y a mediados del siglo XIX en Europa, habían enfrentado la crisis social por los abusos en el trato a heridos, prisioneros, desaparecidos y veteranos de guerra. Durante la Guerra

Civil estadounidense el maltrato a prisioneros y las pésimas condiciones de los heridos y lisiados llevaron al *Lieber Code* como medida de protección a los millones de soldados en el conflicto. La obra de Henri Dunant tras la Batalla de Solferino llevó directamente a la fundación de la Cruz Roja e indirectamente a la primera Convención de Ginebra con propósitos análogos. Pero la convocatoria a las convenciones posteriores tuvo un carácter marcadamente bipolar. Optimistas identificados con el progreso liberal y su proceso civilizatorio preveían establecer una normativa que impediría el surgimiento de conflictos armados cuyos efectos desbordaran los cauces establecidos. En contrapartida, los militares y políticos preocupados más por la razón de Estado argumentaron razones de soberanía para limitar la aplicación de medidas efectivas. El resultado de las reuniones diplomáticas de La Haya y Londres en los 20 años anteriores a 1914 fue un compromiso que no satisfizo a nadie. La protección a los combatientes fue la prioridad de la mayor parte del resultado jurídico de las reuniones internacionales, así como la preservación del orden establecido militar y políticamente. Estos factores dejaron abierto el camino a los crímenes de guerra contra los no combatientes por diversas razones.

La primera causa fue que el hecho de que las potencias coloniales librasen frecuentes conflictos contra sus súbditos hizo que se construyeran las medidas de protección sólo para casos de guerras internacionales. En el plano jurídico esto significa que debían ser hostilidades declaradas, abiertas y libradas con ejércitos profesionales entre estados nacionales. Cualquier forma de resistencia colonial quedaba “fuera de la ley” y podría ser combatida con todos los medios posibles, dentro de los límites de la costumbre. La costumbre podía ser extremadamente permisiva, como en las frecuentes “pequeñas guerras” victorianas contra grupos étnicos “diferentes”. En el caso de colonos de origen europeo las limitaciones obedecieron un patrón moral de corte racista, pero ni así se salvaron de sufrir las consecuencias del potencial tecnológico basado en la asimetría del poder. El caso más ilustrativo fueron las dos Guerras Bóer libradas entre Gran Bretaña y los estados afrikáners de Orange y Transvaal en África del Sur. Lo que originalmen-

te había sido un conflicto armado entre ambas naciones bien pronto se convirtió en una guerra por el orgullo colonial británico, dado que en los primeras batallas los bóer derrotaron completamente a los invasores. La invasión subsecuente movilizó cerca de medio millón de soldados y transformó el conflicto en una guerra de guerrillas sostenida por la activa oposición armada de los civiles. La solución británica fue instaurar los primeros campos de concentración de la historia, el desplazamiento masivo de población, la instauración de un autoritarismo militar como sistema de gobierno local y la sistemática eliminación de los opositores políticos. Lord Kitchener, Secretario de Guerra hasta 1916 fue un líder militar particularmente cruel en el trato a la población civil previo a la Gran Guerra. Desde sus experiencias en la India, su sistemática eliminación de los derviches del Mahdi en Sudán tras la batalla de Omdurman lo prepararon para implementar este cerco mortal a la población bóer. Lo hizo al tiempo que descargaba la mayor parte de las tareas arriesgadas y las bajas en campaña a las tropas africanas para preservar la opinión pública británica. La intensa crítica de la prensa internacional hizo su nombre sinónimo de las violaciones masivas en tiempos de campaña y sus peores prácticas peligrosos antecedentes por la falta de consideración humanitaria y el desprecio por el derecho internacional. No deja de ser paradójico que Gran Bretaña, criticada por todas las naciones por estos actos criminales y contrarios al espíritu de la legislación de las convenciones mencionadas, se convirtiera, un par de décadas después en la principal defensora de un sistema jurídico que desechó por considerarlo “un pedazo de papel”.

El conflicto internacional más importante liberado después de las convenciones y antes del protocolo de Londres, considerando el carácter “colonial” de las guerras bóer, fue la guerra ruso japonesa en 1905. Si bien el marco jurídico del derecho de guerra o *ius in bello* fue atendido de manera más o menos regular, la conducta de ambas partes durante las hostilidades dejó en claro que las previsiones contempladas en las convenciones difícilmente eran aplicables en circunstancias de conflicto armado. La invasión japonesa del extremo oriental de Siberia situó en condiciones precarias a los cientos de miles de soldados

enviados a Puerto Arturo y a la gran batalla de Mukden. Una contienda que, a la manera de lo que había ocurrido en la Guerra Civil de Estados Unidos, se libró entre ejércitos decimonónicos armados con tecnología contemporánea. Guerra de posiciones, trincheras, alambrado de púas, armas automáticas, ametralladoras, cañones de retrocarga rápida y pólvora sin humo provocaron grandes pérdidas humanas. Más de un millón y medio de soldados fueron movilizados por ambas partes y causaron baja poco menos de medio millón.<sup>10</sup> En estas condiciones la atención al espíritu y letra de las recién concluidas convenciones de La Haya fue deplorable. La pesadilla logística rusa terminó con la obliteración de su flota en su cima y con la pérdida de decenas de miles de soldados por las condiciones climáticas, de abastecimiento y el maltrato de sus captores. La población rusa y de filiación étnica coreana fueron blanco de la violencia generalizada de las fuerzas de ocupación japonesa con el fin de “pacificar” una región objeto de la ambición expansionista. La animadversión hacia los rusos y el racismo hacia chinos y coreanos provocaron excesos que por desgracia no fueron atacados desde ese momento por parte de las potencias occidentales. La suerte de los civiles quedaba entonces a merced de la benevolencia de los invasores y buena parte de las violaciones ocurridas en la Primera Guerra Mundial pueden referirse a sus antecedentes directos.

## II. Violaciones y atrocidades cometidas contra combatientes

Es necesario apuntar que la incitación fundamental a cometer actos violatorios o contrarios a la tradición y a la norma vigente para la conducción de las hostilidades hacia 1914 no provino siempre de los militares. Es muy probable que en casi todas las naciones la prensa, aliada con los grupos de interés económicos, jugara un papel fundamental en el es-

<sup>10</sup> H. E. Goemans, *War and Punishment: The Causes of War Termination and the First World War*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2000 y N. F. Gullace, *op. cit.*, *supra* nota 6, p. 732.

calamamiento de los actos violatorios. Ya hemos hablado del papel de la propaganda política en la construcción de la imagen del enemigo como la alteridad absoluta. En otros rubros se encuentran en los intelectuales nacionalistas, cuyo ejemplo más criticado ha sido siempre la inteligencia alemana, que se plegó a los deseos de la maquinaria propagandística. Uno de los casos más renombrados fue el de Marinetti, intelectual futurista y nacionalista italiano creador de la idea de que la guerra purificaría una sociedad corrupta y atrasada. Sus escritos durante la guerra reflejan a una Italia deseosa de obtener a través de las armas una posición política dominante en Europa; en “Orgullo italiano”, manifiesto en el que apoyó por completo la entrada en el conflicto contra sus antiguos aliados, también despachó la necesidad de eliminar al enemigo interno. En este rubro incluyó a todos los pacifistas, neutralistas, y a quienes amparados en las ciencias y las humanidades se declararan en contra de una radical ofensiva italiana. Al tiempo que denunciaba las atrocidades alemanas cometidas en Bélgica, Marinetti proponía llevar a cabo una guerra de exterminio total de los elementos no italianos en los territorios que debían ser incorporados a la República. En su discurso Italia aparece como la consagración de las virtudes masculinas y artísticas del renacimiento, opuesta culturalmente a la barbarie teutona que debía ser desarraigada mediante la masacre y la violación masiva para sembrar una nueva simiente. En este extremo las manifestaciones más radicales de todo el planeta se conjuntaron.<sup>11</sup> Si la propuesta original era el renacer de un nacionalismo puro y exento de influencias externas, en las versiones más terminadas crearon una visión apocalíptica y maniquea. La guerra fue transformada en un agente purificador y necesario para la construcción de la modernidad en el cual los prejuicios de género, raciales, culturales y éticos serían el molde para una nueva realidad.

Uno de los datos estadísticos fundamentales para perfilar presuntas violaciones y de actos de lesa humanidad durante un periodo de hostilidades es la proporción de bajas en combate. Este indicador es importante debido a que las discrepancias en las cifras apuntan a las regiones, periodos o comandos que

podrían estar involucrados en estos crímenes en relación con los combatientes. En el caso de la Primera Guerra Mundial la proporción de bajas mejor estudiada es la que ocurrió en el Frente Occidental, en combates librados principalmente entre los ejércitos británico y francés contra el alemán. Estableciendo una media a grandes rasgos se ha establecido que la proporción de bajas se dividió proporcionalmente en tercios: heridos, muertos y prisioneros. Estos porcentajes corresponden con un frente cuya movilidad fue de apenas unos kilómetros en uno u otro sentido durante los cuatro años de la guerra de trincheras. Sugiere la existencia de sistemas de sanidad e higiene suficientes como para curar y atender a la mayor parte de las bajas por heridas de bala y otros agentes. Al mismo tiempo, la cantidad de prisioneros apunta a que una práctica no determinada cuantitativamente fue la eliminación de los prisioneros de guerra.<sup>12</sup> En el Frente Oriental la proporción de prisioneros fue notablemente superior, sugiriendo la existencia de grandes victorias tácticas para ambas partes y la presencia de un desánimo de combate fundamental para que las tropas se rindieran en grandes números. Estas tendencias numéricas se han constatado también en otros teatros de operaciones y se correlacionan con la información de primera mano que se ha preservado. La brutal derrota de Caporetto fue seguida de la rendición de cientos de miles de soldados italianos, un fenómeno que no tuvo lugar en ninguna otra situación y que se debió a las pésimas condiciones del frente y disciplina draconiana a la que fueron sometidos. En el caso de Gallipoli la proporción de prisioneros fue significativamente menor a lo esperado para un enfrentamiento de trincheras y se ha constatado que tanto turcos como australianos y neozelandeses asesinaron prisioneros como práctica común. Una de las principales aportaciones del estudio militar en este sentido es apuntalar el uso de estas proporciones para identificar áreas de riesgo y vulnerabilidad en el trato de soldados y no combatientes durante conflictos armados.

<sup>11</sup> A. Kramer, *op. cit.*, *supra* nota 4, pp. 200-202.

<sup>12</sup> “In a major action on the western front casualties normally divided one-third dead, one-third wounded and one-third captured [...]”, Hew Strachan, *The First World War*. Londres, Penguin Books, 2005, pp. 132-133.

El trato a los prisioneros de guerra había quedado bien reglamentado desde las convenciones de La Haya y los acuerdos de San Petersburgo. Uno de los casos más llamativos es el de los combatientes rusos que fueron capturados por millones por los ejércitos alemanes y austrohúngaros hasta 1917. Las condiciones relativamente benignas del cautiverio no sólo contribuyeron a la pérdida de la voluntad de combate en las fuerzas rusas, sino que han sido contrastados por su enorme diferencia respecto de lo que sucedió durante la Segunda Guerra Mundial. Como ha resaltado Keegan, las condiciones durante esta última resultaron en la muerte de más de tres millones de prisioneros debido al maltrato, pésima situación alimentaria y sanitaria, así como por políticas diseñadas para la eliminación del enemigo eslavo. Aunque a partir de 1915 el Ober Ost o gobierno político-militar de los territorios ocupados en Polonia y Rusia fue despiadado en cuanto a sus métodos y objetivos, la eliminación de los prisioneros no fue parte de las prácticas cotidianas.<sup>13</sup> Desde el punto de vista de los derechos humanos ambas situaciones contrastan y hacen obligada la reflexión acerca de la ideología y los objetivos racistas y discriminatorios como parte de la planeación de guerra. En nuestra opinión la criminal política de la Alemania nazi puede identificarse claramente con el objetivo implícito de acabar con los prisioneros enemigos sin tener ninguna consideración por la normativa o espíritu de la costumbre del derecho de guerra occidental.

El tratamiento de los prisioneros de guerra en este conflicto mundial ha sido frecuentemente discutido, principalmente como punto de comparación idílico con lo ocurrido entre 1939-45. La historiografía reciente ha presentado un panorama más complicado. El principal punto de inflexión consiste en lo que Kramer ha definido como que “ya no es posible generalizar para todos los prisioneros”. Ante todo, una precisión.

<sup>13</sup> “It is greatly to the credit of Russia’s enemies in the First World War that they showed a duty of care to their myriads of prisoners not felt in the Second, when three of the five million Soviet soldiers captured on the battlefield died of starvation, disease and mistreatment. Perhaps because captivity did not threaten hardship, the Russian army had begun to disintegrate even before the collapse at the rear. Once the Bolsheviks began to sue for peace, disintegration became terminal”. J. Keegan, *op. cit.*, supra nota 2, pp. 342-343.

El reciente descubrimiento de una alta variabilidad en mortandad y condiciones del cautiverio no significa una violación sistemática. La mayor parte de los prisioneros sobrevivieron en condiciones relativamente benignas en comparación con lo ocurrido en la siguiente guerra mundial. La legislación vigente indicaba que estas personas debían recibir trato y raciones semejantes a los de los soldados del país que los custodiaba. Pero se han encontrado variaciones importantes, cuyas raíces parecen importantes. En los casos más extremos, Rusia y Alemania, no se ha identificado una política de eliminación sistemática, aunque las condiciones locales y otros factores llevaron a tasas de mortandad muy disímiles. Una serie de factores parece haber afectado la conducta de los ejércitos con respecto del respeto por las normas tradicionales y las convenciones. La estadística preliminar sugiere que las variables principales para el cautiverio incluyeron:

1. Nacionalidad. El tratamiento de los prisioneros con base en el país de origen de captor y cautivo fue determinante. Podemos identificar tendencias semejantes a las vividas entre 1939-45, pero de manera menos marcada.
  - a. Alemanes. Trato benigno en Francia y Gran Bretaña. Mortalidad menor al 3 %.
  - b. Británicos y franceses. Buen trato en Alemania. Mortalidad menor al 3 %.
  - c. Rusos en Alemania. Mortalidad del 5 %.
  - d. Serbios en Alemania. Mortalidad del 6 %.
  - e. Rumanos en Alemania. La más alta mortalidad registrada, de alrededor de 28.9 %.
  - f. Alemanes y austriacos de origen alemán en Rusia. Las peores condiciones comparativas de todos los cautivos de los rusos.
  - g. Rusia. Factores diversos llevaron a una tasa de mortalidad del 14.5 % de los prisioneros en manos de los rusos.
  - h. Italianos en cautiverio en Austria-Hungría. La particular enemistad, mala nutrición intencional, trabajos forzosos y malas condiciones de habitación llevaron al menos a 92,451 muertes entre 468,000 prisioneros (19.8 %).
2. Bloqueo. Los efectos alimentarios del progresivo bloqueo de las potencias centrales afectaron tanto a la población civil como a los prisioneros de guerra. Los elementos que parecen haber influido en las condiciones son:

- a. Aliados occidentales: (británicos, Commonwealth, estadounidenses y franceses). Buen abasto alimentario a través del correo y la Cruz Roja Internacional.
  - b. Aliados orientales. Peores sistemas de abasto a los prisioneros explican en parte la diferencia de mortalidad en los campos en manos de los poderes centrales.
  - c. Monitoreo: el punto de comparación es la cifra de 1 % de civiles que murieron por desnutrición en Alemania según Kramer.
3. Trabajos forzados. La legislación permitía, con reservas, el empleo de prisioneros para ciertas labores. Esto fue utilizado de manera muy desigual y contribuyó a índices alarmantes de mortalidad y enfermedad en algunos sectores.
- a. Alemania. Trato benigno a prisioneros occidentales con poco trabajo forzado (Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos).
  - b. Alemania. Explotación más severa de prisioneros rusos.
  - c. Alemania. Prisioneros rumanos en el más alto grado de explotación laboral forzosa. Kramer opina que esto quizá se debió a la condición de ser considerados “traidores” al haber entrado a la guerra del bando aliado.
  - d. Rusia. Los trabajadores alemanes y húngaros en la construcción del ferrocarril a Murmansk tuvieron pésimas condiciones: murieron 25,000 de 70,000 en los batallones de trabajadores.
4. Condiciones del país captor. Las diferencias debidas al abasto, bloqueo y factores diversos crearon situaciones específicas en cada caso.
- a. Rusia. Kramer identifica buen trato general pero las carencias locales e incompetencia administrativa llevaron a casos como la epidemia de tifo en Tockoe de 1915-1916.
  - b. Alemania. Las condiciones alimentarias y económicas afectaron en casos específicos. Se ha identificado paulatina desatención a veces intencional.
    - i. Epidemia de tifo entre prisioneros franceses en el campo Kassel-Niederzwehren 1915, con 18,000 enfermos y 1,300 muertos.
5. Circunstancias de la captura y transferencia a custodia reglamentaria. Este rubro ha sido tradicionalmente problemático y es frecuente encontrar estadísticas muy alarmantes en el proceso aún en circunstancias policíacas o de confrontación supuestamente legal.
- a. Momento de captura. Legislado por la Convención IV de La Haya (1907), prohibiendo matar soldados indefensos o que se habían rendido. Kramer nota que soldados indisciplinados de todos los ejércitos cometieron estos asesinatos, pero que esto iba contra sus propios intereses.
  - b. Casos de órdenes para eliminar prisioneros. Existen incidentes pero no se ha registrado como política sistemática. No ha sido analizado de manera puntual, aunque Joanna Burke considera que debió ser común por resultar eficaz.
    - i. 1914, agosto. En Thiaville el general Stenger dio órdenes de fusilar a los soldados franceses, incluyendo heridos. 20 fusilados pese a las protestas de soldados alemanes.
    - ii. 1915 en el Somme. Órdenes de oficiales británicos para no tomar prisioneros llevan a la ejecución de soldados alemanes que trataban de rendirse.
  - c. Condiciones inmediatas a la captura. La situación podía ser crítica, puesto que se trataba de un lapso fuera de control administrativo y de la vista de observadores neutrales. Fue común en los años tardíos obligar a los prisioneros a cavar trincheras, limpiar campos minados y tareas parecidas antes de ser trasferidos a la retaguardia. Kramer opina que para 1916 la condición de no combatiente de prisioneros de guerra se había colapsado. Esto infringió el derecho internacional humanitario pero al parecer se fue convirtiendo en práctica generalizada.
    - i. Trabajos forzados en el frente. Los alemanes en el Frente Occidental y austriacos en Italia comenzaron estas prácticas.
    - ii. Al parecer los aliados las adoptaron posteriormente de manera generalizada.<sup>14</sup>
- Desde el punto de vista contemporáneo entre 1914 y 1918 ocurrieron una serie de actos que podrían ser considerados atrocidades o crímenes de guerra pero que sólo fueron considerados excesivos en su época. Hemos mencionado que el énfasis de tratados y convenciones fue reglamentar y proteger a los combatientes, en detrimento de los civiles armados y otros no combatientes. Un segundo grupo vulnerable fueron las propias fuerzas armadas nacionales, sujetas a una disciplina draconiana que en muchos casos poco había cambiado desde el siglo XVIII. El sistema

<sup>14</sup> A. Kramer, “Combatants and Noncombatants: Atrocities, Massacres, and War Crimes”, en John Horne, editor, *A Companion to World War I*. Malden, Oxford y Chichester, Wiley-Blackwell y Blackwell Publishing, 2010, pp. 193-194, (Blackwell Companions to History).

disciplinario militar había surgido originalmente para conformar cuerpos permanentes a partir de elementos que se enarbolaban por los más diversos motivos y tenían extracciones sociales diferentes. Los ejércitos de ciudadanos empleados a partir de la Revolución Francesa habían desaparecido en Europa durante el siglo XIX ante el temor de las monarquías de volver a enfrentar procesos de transformación social. Los ejércitos de conscriptos habían sido puestos en el campo de batalla en varias de las tierras europeas recientes, pero no habían significado la movilización de la mayor parte de los hombres disponibles. Sólo durante la Guerra Civil de Estados Unidos se había presentado un proceso de ciudadanía de las fuerzas armadas en una escala comparable a lo que ocurrió a partir de 1914 y allí habían generado en buena medida el aislacionismo y rechazo a la conscripción. En este estado de la cuestión la multiplicación de los ejércitos de las potencias los llevó a implantar medidas draconianas para controlar la disciplina militar a partir del mes de agosto. Uno de los casos más evidentes de este tipo de actos violatorios que fueron considerados únicamente severos durante la guerra fue el fusilamiento de los desertores. Es de llamar la atención que la gran mayoría de estos fusilados recibieron la condena durante el primer año de combates, sugiriendo la adecuación paulatina de los oficiales a un nuevo tipo de combatientes, producto de la conscripción masiva de clase (por edad) en todos los países involucrados. Francia ejecutó poco más de 600 soldados y Gran Bretaña 346 hasta 1920, abandonando el fusilamiento de manera paralela a la ciudadanía del ejército. Es fundamental recordar que en la actualidad la normativa de la Organización del Tratado del Atlántico Norte y otros ejércitos modernos prevén otro tipo de sanciones para este caso de violación a la disciplina militar.

### III. Violaciones y atrocidades cometidas contra no combatientes

Los primeros meses de las hostilidades de 1914 perfilaron un panorama de la condición de los derechos de las personas que duraría el resto de la contienda. El inicio de la contienda en agosto de 1914 dejó en

claro que los vacíos e imprecisiones jurídicas de las convenciones serían aprovechados para abusar de ellas. El mal definido estatuto de los no combatientes fue utilizado por Alemania como pretexto para justificar cualquier represalia contra los civiles armados como parte del orden jurídico que proscibía la actividad guerrillera, terrorista o partisana. Aduciendo que los civiles carecían de cualquier derecho en tanto formaran grupos irregulares armados, los fusilamientos sin juicio y el diezmar poblaciones en áreas de actividad (o supuesta actividad) contra los invasores fueron frecuentes en las primeras semanas. Para Keegan, el episodio conocido como la Violación de Bélgica constituyó un pésimo antecedente, fortaleció la opinión internacional contra Alemania y no sirvió a ningún propósito militar práctico.<sup>15</sup> En el Frente Occidental la mayoría de las violaciones reconocidas, catalogadas bajo el término de “atrocidades de guerra”, ocurrieron en áreas cercanas a los combates. La severidad criminal con las poblaciones belga y francesa se aparejó con las frecuentes ejecuciones de prisioneros de guerra. El principal énfasis historiográfico ha sido estudiar el Frente Occidental y los crímenes de guerra cometidos en esta área. La Violación de Bélgica, Dinat y el fusilamiento de civiles ocupan la mayor parte de la atención. Pero fue el Frente Oriental, el comando militar denominado Ober Ost, en que se cometieron las violaciones más graves contra soldados y no combatientes por parte de las fuerzas armadas de Alemania.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> “Germany interpreted international law to mean that an effective occupying force had the right to treat civilian resistance as rebellion and punish resisters by summary execution and collective reprisal. [...] The ‘rape of Belgium’ served no military purpose whatsoever and did Germany untold harm, particularly in the United States, where the reputations of the Kaiser and his government were blackened from the outset by reports of massacre and cultural despoliation”. J. Keegan, *op. cit.*, supra nota 2, pp. 80-82.

<sup>16</sup> Sintetizando parcialmente algunas de las primeras investigaciones acerca del terrible fenómeno representado por el supremo mando oriental de las fuerzas militares alemanas, nos permitimos retomar algunos de los trabajos que han abordado el problema: [...] *war crimes committed by German soldiers during the occupation of the East, focusing particularly on Lithuania and White Russia, in the area that was then known as Ober Ost. Indeed, the cultural history of Germany’s occupation of the East in the first world war has only just begun* with Vejas Gabriel Liulevicius, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity, and German Occupation in World War I* (Cambridge, 2000). *In this study, the*

En el Frente Oriental las cosas parecen haber tenido un derrotero diferente, pero no han sido estudiadas con tanta puntualidad. Alemanes y austriacos denunciaron a sus enemigos, principalmente rusos, desde la ocupación de sus territorios previo a Tannenberg. El análisis estadístico de Kramer muestra una propaganda semejante a la utilizada antes en Bélgica: Alemania denunció miles de incidentes de incendios y homicidios contra civiles, pero en 1915 no pudo mostrar más de 101 casos corroborados. La ocupación rusa de territorio austriaco en los dos primeros años, en cambio, mostró una serie de tendencias preocupantes por su sentido étnico y discriminatorio. En Galicia, Bukovina y otras zonas la violencia contra los no combatientes se enfocó principalmente en los judíos, aristócratas (polacos y ucranianos), así como en quienes tenían origen étnico alemán. Hubo relativamente pocas muertes, pero el patrón de incitar pillaje y pogromos se fue consolidando conforme avanzó la guerra, subrayando una animadversión fundamental hacia quienes fueran identificados como ajenos a la cultura rusa. Una de las regiones de mayores pérdidas humanas en la población civil durante la guerra fue Serbia, donde la invasión austro-húngara de 1914-1915 fue acompañada de frecuentes atrocidades y violaciones de todo tipo. Kramer ha subrayado la falta de estudios rigurosos para este caso, mencionando que la única cifra aproximada señala la ejecución de 3,500-4,000 no combatientes.<sup>17</sup>

Uno de los problemas del estudio de los crímenes de guerra durante la Primera Guerra Mundial es lo reducido del marco normativo vigente en la época. En 1914 virtualmente no existían leyes o normas explícitas que desarrollaran los derechos de los no

combatientes durante el periodo de hostilidades. Específicamente la situación de los refugiados, desplazados forzosos y trabajadores obligados quedaba en una suerte de limbo jurídico. En opinión de algunos autores los artículos del 42 al 56 de las convenciones de La Haya restringían la autoridad de la potencia ocupante y la protección de la propiedad privada en estos territorios. Para Segesser la única protección jurídica dentro del derecho internacional era la llamada cláusula Martens, no muy precisa y que a la letra decía: “bajo la protección y el imperio de los principios de la ley internacional tal y como resultan de los usos establecidos entre las naciones civilizadas, de las leyes de la humanidad y de los requisitos de la conciencia pública”.<sup>18</sup>

Uno de los factores más importantes en las atrocidades cometidas y percibidas en la Primera Guerra Mundial es el de los delitos sexuales. El más frecuente, tanto en la incidencia práctica como en sus apariciones propagandísticas fue la violación. En buena medida, esto obedece a la construcción de un discurso de género en el cual el hombre ha sido visto tradicionalmente como el encargado de llevar a cabo los combates. Desde este punto de vista tradicional la mujer es el ser a proteger, por lo que las infraccio-

<sup>18</sup> Esta cláusula evidentemente fue invocada en numerosas ocasiones para aducir que el enemigo había violentado los derechos de la población no armada. De la misma manera, los inculcados recurrían a la baja redacción de sus capítulos para aducir que de ninguna manera se había violado la normativa, dejando de lado el espíritu de la legislación. El resultado de la inaplicabilidad del derecho internacional tras el fin de la contienda llevó en 1949 a la búsqueda de marcos más específicos que permitieran al menos definir los eventos como crímenes de guerra.

“As mentioned above, when the First World War began there were no rules in international law specifically dealing with the situation of civilians or refugees. The effect of Articles 42 to 56 of the Hague Regulations respecting the laws and customs of war on land (Hague IV) was restricted to the limitation of the authority of the occupying power and to the safeguarding of private property in occupied territories. Refugees were therefore only protected by international law under the Martens clause, which was not very precise and which declared that in all cases not provided for in the regulations the populations remained ‘under the protection and empire of the principles of international law as they result from the usages established between civilised nations, from the laws of humanity, and the requirements of public conscience’”. Daniel Marc Segesser, “The International Debate on the Punishment of War Crimes During the Balkan Wars and First World War”, *Peace and Change*. Harrisonburg, vol. 31, núm. 4, 2006, p. 147.

*Germans are clearly the perpetrators, not the victims. Further, the excellent analysis of the German atrocities of 1914 in France and Belgium, by Dublin-based historians John Horne and Alan Kramer, places these crimes, such as mass retaliatory executions of civilians, as a key moment in the opening chapter of a most bloody century. With ‘only’ 3500 murdered civilians, the tone here, as in Liulevicius, is one of a relatively less violent and cruel participation by German soldiers in wartime. Nevertheless, such crimes opened up new spaces of thinking, new possibilities, brought to fruition in the murderous assaults of the second world war.* R. L. Nelson, *op. cit.*, *supra* nota 3, p. 427.

<sup>17</sup> A. Kramer, *op. cit.*, *supra* nota 14, pp. 190-191.

nes reales o imaginarias del código de conducta hacia este género despertaron tanto la imaginación como el morbo de todos los sectores sociales. Es complicado determinar la extensión real de este acto violatorio a través de la información disponible; el principal especialista en el tema, Alan Kramer, ha llegado a la conclusión de que salvo contadas excepciones la inmensa mayoría parecen producto de la propaganda de uno u otro bandos. Y en este sentido se aproximan todos los discursos de guerra. A las exageraciones de la conducta sexual de las tropas alemanas en la invasión a Luxemburgo, Bélgica y Francia podemos contraponer la propaganda imperial desatada a raíz de la invasión rusa de la Prusia polaca. De hecho la ocupación rusa de territorio alemán fue muy corta y los casos documentados y corroborados de crímenes de guerra son relativamente escasos. Pero el periodo sirvió como base para construir un discurso propagandístico que hacía parecer a Alemania la defensora única de la civilización occidental. La barbarie eslava, las hordas de cosacos y la crueldad mongola fueron elementos fundamentales utilizados por la propaganda de un káiser que aparecía dispuesto a salvar los principios occidentales mediante el ejercicio militar. Rasgo fundamental de este discurso legitimador de la agresión alemana fue el de los aspectos sexuales que magnificó, exageró e inventó incidentes de violación como medio para enaltecer la dignidad propia y la necesidad de defender la patria costara lo que costara. La propaganda de las potencias centrales enfatizó los aspectos de la sexualidad humana entre otros elementos discursivos, al grado que el clásico estudio de Theweleit, *Male Fantasies*, hace recaer en los veteranos del Frente Oriental buena parte de la carga ideológica de la que surgió directamente el nazismo. Pero alemanes y austriacos no estuvieron solos en su fijación de la violencia de género. Las prensas británica y francesa enfatizaron en descripciones pormenorizadas las supuestas violaciones ocurridas en territorio occidental. La imagen de monjas, enfermeras o jóvenes doncellas siendo ultrajadas por bandas sexualmente enloquecidas de soldados es uno de los más comunes iconos de esta guerra y uno de los que resultan menos verosímiles. Reportajes exagerados, propaganda mentirosa y sermones y pasquines conservadores echa-

ron leña al fuego a la idea de que las mujeres eran el objetivo último del enemigo. Por lo tanto, la protección del matrimonio, la familia, la comunidad y la nación recaían en los hombres cuya misión fundamental sería proteger a sus mujeres. En pleno siglo XX, la perspectiva de género se transformó en un discurso a fin a las sociedades pretéritas con el solo propósito de fortalecer el esfuerzo de guerra nacional.

El Caso Stenger fue causa célebre en los juicios sobre crímenes de guerra celebrados al finalizar el conflicto. Se trató de uno de los ejemplos mejor documentados, que salió a la luz pública y escandalizó a quienes pensaban que los ejércitos se habían conducido acorde con la normativa internacional. Fue descubierto a través de la labor periodística y llevado a Versalles como uno de los ejemplos más claros de las violaciones, con resultados desastrosos desde el punto de vista de la justicia.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> La importancia de contar con casos paradigmáticos llevó a diversos juristas internacionales a buscar elementos probatorios cuando menos para apuntalar alguno de ellos. Los resultados de los juicios llevados a cabo en Alemania y Turquía dejan de lado esa labor de investigación jurídica que construyó procesos sólidos que sólo fueron echados abajo por la presión nacionalista y la susceptibilidad de los jueces a la corrupción judicial. El caso más destacado ocurrido en relación con atrocidades vividas en el Frente Occidental fue el de un general alemán: “[...] while the issue of the treatment of prisoners of war remained an important topic for propagandists, it was rarely taken up by jurists when talking about violations of the laws of war. One of the few cases that did become an object of discussion was that of Lieutenant-General Karl Stenger, which was taken up by John Hartman Morgan, professor of constitutional law at University College, London. He had come across it during his field research for the Bryce Commission, which had investigated the German atrocities in Belgium and northern France. According to French newspapers Stenger, who was commander of the 58th Brigade, had published an order not to take any prisoners and to put to death all Allied soldiers who fell into the hands of his troops. Because the German government had denounced the document as a forgery, Morgan decided to investigate the case. In this context he also visited the French Ministry of War in Paris, where he looked at diaries of German soldiers who had been captured or killed on the western front. There, and among other testimonies made before the British Intelligence Department, he found further evidence that orders existed in the German army to take no prisoners. The most important evidence for Morgan was a field notebook of a German prisoner of war, which explicitly confirmed the existence of such an order. Morgan quoted the passage in German and gave an English translation: ‘Then came a brigade order that all French, whether wounded or not, who fell into our hands, were to be shot. No prisoners were to be made’”. D. Marc Segesser, *ibidem*.

Uno de los crímenes de guerra desde el principio de la contienda fue el de las ejecuciones extrajudiciales. Como ocurrió en la mayor parte de las atrocidades, la imaginación pública fue capturada por eventos específicos y no por las cifras, por nombres propios y no eventos sistemáticos y por casos paradigmáticos mas no por las políticas constantes. Esto hizo que a partir de la invasión alemana de Bélgica se gestaran una serie de partículas básicas acerca de este tipo de violación específica. Los casos más famosos ocurrieron precisamente en lo que sobrevino durante el primer mes de la guerra. El primero de ellos fue la ejecución de ciudadanos no combatientes en el pueblo de Dinant, donde las tropas invasoras fueron sometidas al fuego de francotiradores. A pesar de que se encontraban fuerzas francesas al otro lado del río cercano, el comandante local ordenó reunir a los hombres del pueblo y luego diezmarlos sin mediar juicio. El hecho de que las órdenes alemanas previas al inicio de las hostilidades hicieron énfasis en la absoluta neutralidad requerida en los no combatientes llevó a que diversos oficiales de rango medio ordenaran la ejecución sumaria aún en caso de civiles desarmados. Más de la mitad de los ejecutados en Les Rivages fueron mujeres y niños incluyendo más de 15 menores y algunos bebés, así como ancianos de más de 70 años. La paranoia de los soldados alemanes, junto con órdenes ambiguas acerca del tratamiento de los no combatientes fueron responsables de atrocidades que iniciaron el destino de su justificación para la guerra. Bastó con las órdenes del oficial al mando para dar legalidad y legitimidad a los actos que quedaban fuera de toda normativa. El problema central fue que las tropas invasoras asumieron que una represalia generalizada incluso sobre civiles desarmados se justificaba en presencia de la actividad de francotiradores y partisanos que obstaculizaran su labor. Más de 600 personas murieron como resultado de políticas militares mal diseñadas y peor ejecutadas debido a que quedaban en un limbo jurídico y ético.<sup>20</sup> Diversos autores han destacado que las ejecuciones extrajudiciales en los primeros meses de combate en el Frente Occidental no pueden ser consideradas, como hicieron los alemanes, un daño co-

lateral. Al contrario; existió una política de terror destinada a someter a la población belga rápidamente y que fue interpretada de manera criminal por cada comandante. Lineamientos ambiguos, políticas superiores presuntamente violatorias y el odio y el miedo provocado por la paranoia ante la presencia de resistencia civil fueron las causas estructurales y el detonante coyuntural de estos crímenes de guerra.

El fracaso de la invasión austrohúngara a Serbia en 1914 fue el parteaguas que transformó una guerra regional en un conflicto de escala mundial. Los reveses que sufrió el general Potiorek abrieron la puerta a la ley marcial que marcó el inicio de campañas oficiales contra los no combatientes en los Balcanes. Las órdenes militares, basadas en que los serbios y eslavos eran asesinos primitivos justificaron la conducción de hostilidades fuera de consideraciones legales. Juicios sumarios y atrocidades marcaron la ocupación del territorio serbio que había sido culpado públicamente por el asesinato del archiduque. La rápida derrota austrohúngara frente a los rusos implicó el abandono de las estratégicas fortificaciones de Lemberg y Galicia, fundamentales para proteger el corazón del imperio.<sup>21</sup> Considerado territorio eslavo, en las regiones ocupadas los ejércitos rusos comenzaron un proceso de "rusificación" con graves implicaciones para la población civil debido a la animadversión por otros grupos étnicos. Los judíos y alemanes fueron perseguidos por ser considerados afines con el enemigo, mientras se atacaba a los racialmente diversos instaurando el ruso y la ortodoxia como únicas lengua y religión permitidas. Desde las dos guerras balcánicas cada grupo étnico y religioso atacó a sus vecinos de manera ultrajante, incluyendo métodos precursores de la "limpieza étnica". La población de origen albanés fue masacrada por tropas serbias y de Montenegro con el propósito de transformar su carácter étnico, lo que incluyó la violación masiva de mujeres adultas y menores. La guerra civil que se desató en la península de Anatolia fragmentó a la sociedad turca en segmentos étnicos cuya coexistencia había sido asegurada bajo el imperio otomano. El caso del genocidio armenio ha sido discu-

<sup>20</sup> A. Kramer, *op. cit.*, *supra* nota 4, pp. 15-19.

<sup>21</sup> H. Strachan, *The First World War, Volume I: To Arms*. Oxford, Oxford University Press, 2003, pp. 335-349.

tido, pero la violencia desatada entre griegos y turcos alcanzó puntos apenas inferiores en sus efectos. La población griega de la costa, cuyo propósito original había sido separar la provincia para anexarse a Grecia, fue víctima de deportación masiva, violaciones también masivas y una política de integración a la fuerza a la nueva sociedad turca.<sup>22</sup> Como en el caso de los armenios, la violación fue generalizada y abarcó también a hombres y mujeres.

Uno de los ejemplos más sorprendentes de la subordinación de los aspectos ideológicos a las necesidades prácticas de la guerra total fue el trato y empleo a las minorías étnicas, políticas, culturales y religiosas.<sup>23</sup> A partir de 1915 y la estabilización de sus victorias contra los rusos hubo una brutal transformación de los objetivos bélicos alemanes. En el Frente Oriental llegó al extremo de formular políticas para la gradual colonización o al menos apoderarse permanentemente de los recursos económicos de las provincias de Rusia y Polonia. Con este propósito y ante la ausencia de suficiente población de origen étnico alemán el Ober Ost (mando político-militar para

las regiones orientales ocupadas) desarrolló relaciones simbióticas con otras minorías. En una inverosímil contraposición con lo ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial, el principal apoyo para constituir un grupo intermediario con la población mayoritaria eslava fueron los judíos. Las prerrogativas de las que gozaba la población judía alemana, probablemente la más integrada de Europa en 1914, llevó a extender el trato preferencial hacia los muy maltratados judíos rusos. Aprovechando a los alemanes étnicos y judíos que habitaban en grandes números en los territorios conquistados, el alto mando diseñó políticas sociales y económicas tendentes a consolidarlos como un estrato intermedio en el autoritario orden que se había impuesto por vía de las armas. La ambición de victorias militares presentes fue cediendo paso para el Ober Ost a un proyecto de colonización permanente para anular los rasgos étnicos eslavos creando regiones satélites para la economía de guerra de Alemania. Polonia y los estados bálticos quedarían reducidos a su mínima expresión y actuarían como zona de amortiguamiento para prevenir incursiones militares rusas. La similitud de este proyecto casi desconocido con lo que ocurrió unas décadas más tarde bajo el dominio nazi es sorprendente y debe ser analizado críticamente para prevenir que vuelva a ocurrir. El corolario del proyecto colonizador imperialista alemán fue una alianza con el Islam a través de Turquía, lo que permitiría romper el cerco que mantenían franceses y británicos en el Medio Oriente y haría de ese país el contrapeso regional necesario para fortalecer la posición geopolítica de Alemania. Estas condiciones vejatorias resultaron tan inaceptables para los socialistas que hacia 1917 se hizo imposible pactar una paz por separado para el Frente Oriental.

Hemos sostenido la hipótesis de que en buena medida los crímenes de guerra cometidos durante la Primera Guerra Mundial obedecieron al escalamiento del conflicto debido a que la mayoría de las naciones encaminaron su esfuerzo social, económico y militar hacia la guerra total. Los casos paradigmáticos, representados por Bélgica y la invasión y ocupación de Rusia han sido discutidos. Otros frentes tuvieron manifestaciones similares también el caso de la ocupación del norte de Italia tras la victoria de las potencias centrales después de la victoria de Caporetto es

<sup>22</sup> A. Kramer, *op. cit.*, *supra* nota 4, pp. 138,145-146, 149.

<sup>23</sup> Hemos resaltado lo sorprendente de estas alianzas en tanto suponen un enlace transcultural con intereses aparentemente alejados de la política alemana tal y como había sido delineada primero en la *Weltpolitik* y después en la *Weltkrieg*. Al mismo tiempo denota un pragmatismo y falta de dependencia en la ideología nacionalista que contrastan severamente con lo ocurrido en la Segunda Guerra Mundial. Sobra decir que la población judía en Rusia se encontraba en condiciones de mayor de privación y ostracismo social que su correspondiente sector en Alemania, que ha sido considerado quizá el más integrado de toda Europa hasta 1914. La documentación consistente en órdenes, misivas personales, diarios y otros elementos apuntalan la hipótesis de que el alto mando alemán utilizó la alianza con este sector para constituir un grupo intermediario con los eslavos que serían la población dominada y que los propios judíos consideraron adecuada y benéfica esta alianza. "The attractions to Germany of an alliance with Islam to undermine the British found its corollary in an alliance with the Jews of Poland and the Baltic states in order to defeat the Russians. A German committee for the liberation of Russian Jews was set up on 17 August 1914, and as the German armies advanced in the summer of 1915 they used Jews as interpreters and as middle-men in the procurement of supplies and transport. [...] The Eastern Front became more than an area for operational manoeuvre; now it was also a sphere for settlement and colonisation, a focus for political ambition as well as military. [...] The renewed stabilisation of the Eastern Front in the autumn of 1915 changed the complexion of Germany's debate on its war aims". H. Strachan, *op. cit.*, *supra* nota 12, pp. 136 y 139.

un buen ejemplo. A la ocupación militar implantada a partir del terror basado en las ejecuciones extrajudiciales y la destrucción deliberada de símbolos y bienes culturales sobrevino la explotación de los recursos del vencido. Las órdenes de ocupación comenzaron por permitir a los soldados la “recolección” de bienes y vituallas que podrían enviar individualmente a sus hogares. En opinión de la Comisión italiana establecida después de la guerra, mientras que los austriacos planearon su ocupación a largo plazo, los alemanes se caracterizaron por el saqueo sistemático y el pillaje indiscriminado sin importar las consecuencias más allá de lo inmediato. A lo recolectado por cada soldado mediante métodos que podemos dejar de la imaginación se sumó el proyecto alemán de aprovechar los recursos italianos para su propio esfuerzo de guerra. Maquinaria, abastecimientos vitales, combustibles y mano de obra fueron decomisados y deportados respectivamente hacia las zonas de producción en Alemania. Los proyectos imperialistas de Austria-Hungría fueron diferentes y por lo mismo su ocupación tuvo un carácter particular. Kramer estima que al menos 25,000 civiles italianos murieron como resultado de las criminales políticas de los poderes ocupantes. La población de los territorios ocupados fue reorganizada de manera que se conjuntaran mayorías de hablantes de alemán para permitir su posterior manejo político. Gran número de italianos étnicos fueron deportados sin mayor causa que él no pertenecer al mismo grupo que sus ocupadores. El internamiento de italianos étnicos en campos de concentración había empezado poco antes de las hostilidades; las pérdidas humanas en ellos debido a la hambruna y la propagación de enfermedades, particularmente a partir de los efectos del bloqueo sobre Austria-Hungría, fueron devastadores. Medidas similares fueron tomadas en Croacia, donde los italianos fueron obligados a no aprender su lengua materna, a adoptar el croata y paralelamente internados en campos de concentración locales. A partir de 1917 esta temprana manifestación de “limpieza étnica” fue complementada mediante la deportación masiva de no combatientes en zonas con actividad partisana contra tropas de la monarquía dual o alemanas. La intensidad de la violencia ejercida en el frente italiano no ha recibido la atención de-

bida por varias razones. En su momento, la imaginación mundial fue capturada por actos específicos de los cuales aquellos considerados paradigmáticos ocurrieron en Bélgica y Francia en 1914. La entrada italiana en la guerra ocurrió de manera tardía y siempre fue cuestionada por sus motivos y oportunismo. Por último, el hecho de que las bajas mortales en población no combatiente supere por mucho lo visto en el Frente Occidental no significa que existan casos paradigmáticos análogos. La mayor parte de las bajas ocurrieron en campos de concentración o en ejecuciones individuales, no en masacres como había ocurrido en Dinant y otros lugares. El hecho es que, como en el caso del frente ruso, la violatoria y violenta ocupación alemana y austrohúngara del territorio italiano ha quedado en el olvido histórico.

#### **IV. El debate del bloqueo naval en clave de derechos humanos**

Uno de los aspectos militares más decisivos de la Guerra Mundial fue el naval. Contrario a la visión tradicional, en la mayor parte de los autores contemporáneos se destaca el papel que jugó el bloqueo económico a las potencias centrales. No es necesario profundizar en la discusión de la estrategia global; la potencia marítima dominante, Gran Bretaña, optó por neutralizar a los alemanes e impedir su esfuerzo de guerra mediante el bloqueo de sus puertos a larga distancia. Al mismo tiempo, su producción y mantenimiento de unidades de superficie consolidó una superioridad numérica que fue desafiada intermitentemente. Esta superioridad y el desciframiento de los códigos secretos alemanes hicieron imposible que éstos logaran concentrar suficientes unidades para obtener pequeñas ventajas incrementales. En este sentido las batallas de superficie, objeto de la inmensa mayoría de los trabajos académicos y de divulgación desde 1914, tienen importancia anecdótica y no en cuanto a la alteración estratégica del panorama. Las más importantes batallas fueron intentos de emboscada alemanes que no consiguieron nada más allá de pequeñas ventajas tácticas y consolidaron la estrategia británica. De manera crucial para entender

la dimensión naval en cuanto a los crímenes de guerra desde la perspectiva histórica y en su proyección contemporánea, el problema estratégico de ambas partes fue cómo neutralizar el comercio enemigo para colapsar su esfuerzo de guerra.

Desde el punto de vista de Alemania el fracaso de sus inferiores fuerzas de superficie obligó a reconsiderar esa campaña de hundimientos mediante submarinos. En 1909 el Protocolo de Londres había señalado condiciones humanitarias y jurídicas similares para los submarinos y las fuerzas de superficie cuando se llevara a cabo un bloqueo eficaz. El establecimiento de una zona de bloqueo por parte de una de las fuerzas beligerantes tendría que ser aplicado mediante la presencia de las unidades de superficie o submarinas de manera constante, interceptando a las naves mercantes y conminándolos a la rendición. En caso de que ocurriera un hundimiento, el navío atacante debería dar aviso, tiempo para el abandono del buque mercante y finalmente en el rescate de la tripulación y los supervivientes en caso de haber existido resistencia. Gran Bretaña había formulado esta normativa y la respeto medianamente. Alemania la había aceptado sin considerar que la guerra submarina hacía impráctico, si no imposible, acatar este protocolo en las condiciones de combate real. Aunque los submarinos desarrollaban mayor velocidad en superficie y estaban artillados para disparar desde ahí contra los buques mercantes, la superioridad numérica de los aliados, el hecho de que se utilizaran navíos armados disfrazados como señuelo, las reducidas dimensiones de su cabina y el sistema de convoyes implementado asignan muy arriesgado respetar a la letra el protocolo de Londres. De manera que desde muy temprano se presentó un debate en las altas esferas del gobierno alemán. De un lado se encontraban los políticos liberales que temían que la violación sistemática de las convenciones y protocolos haría insostenible el esfuerzo de guerra y la entrada en el conflicto de Estados Unidos. El ala dura, representada por el alto mando militar y los políticos más conservadores, consiguió una primera campaña submarina irrestricta violando virtualmente todas las convenciones y costumbres. Su suspensión en 1915 obedeció a la percepción militar de que una victoria pronta era factible, pero fue reanudada en 1917 con

efectos calamitosos para la propia Alemania.<sup>24</sup> Durante algunos meses lograron hundir mediante esta política criminal más buques de los que los aliados lograban producir pero también provocaron la entrada estadounidense y que el cerco económico se hiciera completo. Para Strachan, el efecto fundamental de la campaña submarina irrestricta fue el Invierno de los Nabos de 1917 al año siguiente.<sup>25</sup> Una lección

<sup>24</sup> Durante largo tiempo se ha considerado que el hundimiento sin aviso del *Lusitania* fue el acto que precipitó la entrada Estados Unidos a la contienda. Las fechas subrayan que esto no fue así. En 1915 el incidente fue considerado un acto de guerra y llevó a una presión estadounidense sobre Alemania para evitar ataques análogos en el futuro. La historiografía contemporánea señala que las ganancias económicas obtenidas por Estados Unidos eran de tal magnitud que hubo presión importante para no entrar en la contienda y preservar el benéfico estatuto de neutralidad comercial que les permitía hacer negocios con ambas partes. Fue la reanudación de la campaña de hundimientos irrestrictos en 1917 la que precipitó su declaración de guerra y al mismo tiempo, como veremos más adelante, la rápida derrota alemana por el perfeccionamiento del bloqueo económico a su economía y sociedad. "In the United States, the sinking of the *Lusitania* on 7 May 1915 was widely regarded as an atrocity. In the words of Arthur Link, the "sinking of the *Lusitania* had a more jolting effect upon American opinion than any other single event of the World War" and "represented an important turning point in American opinion in general". This is not the place to explore all the political and diplomatic ramifications of the ensuing crisis. Suffice it to say that scholars broadly agree that although President Wilson was anxious to meet public demands for a vigorous American response, at the same time he remained determined to keep the United States out of the war. As we have seen, when news of the sinking arrived in Washington the president had been on the verge of issuing a strong protest against the British blockade (though what exactly he had in mind is unclear). Seeing it as foolish to pick an argument with the United Kingdom while the United States stood on the brink of war with Germany, Wilson directed the State Department to suspend its protest against the British blockade". Nicholas A. Lambert, *Planning Armageddon: British Economic Warfare and the First World War*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 2012, p. 424.

<sup>25</sup> Las cifras oficiales del departamento naval británico no dejan lugar a duda acerca de los efectos brutales que tuvo sobre la población civil el bloqueo de superficie. Alemania fue el país que más bajas registró por este motivo, con poco menos de 800,000 muertos centrados en diversos grupos vulnerables tales como ancianos, infantes, enfermos y habitantes pobres urbanos. En Austria Hungría tuvo efectos similares, pero impactaron de modo diverso debido a la virtual autosuficiencia húngara en materia alimentaria y la mayor dependencia austriaca en la materia. A pesar de esta contundente estadística existen autores contemporáneos que justifican el bloqueo y ponen en duda su falta de legitimidad como hace Avner Offer: "British official history attributed 772,736 deaths in Germany during the war to the blockade, a figure comparable with the death rate for the British armed forces, and by 1918 the civilian death rate was running 37 per cent higher than

para el futuro. La violación deliberada y sistemática de la normativa internacional fue el último clavo del ataúd alemán en la Primera Guerra Mundial.

El segundo frente de la guerra naval que incide directamente en la cuestión de los crímenes de guerra cometidos por las naciones beligerantes entre 1914 y 1918 fue el bloqueo a las potencias centrales. Difiere en el ejemplo anterior por haber sido llevado a cabo mediante unidades de superficie y supuestamente en concordancia con lo acordado en las convenciones decimonónicas y el protocolo de Londres. Desde el inicio de este bloqueo la prensa, juristas e historiadores cuestionaron su validez jurídica y atacaron su inmoralidad por los efectos devastadores que provocó sobre la población no combatiente. Baste señalar que la historia oficial naval británica atribuye 772,736 muertes tan sólo en Alemania como resultado del bloqueo aliado y que esta cifra es similar al total de bajas militares sufridas por Gran Bretaña en el conflicto. El bloqueo aliado comenzó desde el primer momento de la guerra y abarcó el despliegue a escala mundial de buques, agentes y supervisores para controlar el flujo de bienes hacia las potencias centrales. Desde el punto de vista militar el objetivo fue impedir la llegada de pertrechos y materias primas necesarias para la manufactura de armas. Aduciendo la imposibilidad de controlar los armamentos sin in-

cidir en otros productos, Gran Bretaña amplió primero y sobrepasó después los límites del protocolo de Londres mediante el estrangulamiento del comercio alemán de bienes y materias primas. Alemania fue estrangulada lentamente y los estudios detallados muestran cómo los grupos vulnerables (pacientes de hospitales, enfermos mentales, infancia urbana o ancianos sin apoyo familiar) resultaron afectados de manera desigual. La fundamental autosuficiencia alimentaria que existía en los países del centro de Europa fue socavada por la suspensión de importaciones, particularmente de fertilizantes como los fijadores de nitratos procedentes de Perú y Chile. El resultado fue que para 1918 la tasa de mortalidad en los civiles era casi 40 % superior a la media en tiempos de paz. El bloqueo destruyó el principio de la inmunidad de los no combatientes en tiempo de guerra, pero hemos señalado que las convenciones y tratados vigentes habían dejado el tema en el vacío jurídico. Para alemanes y austriacos fue evidente que el bloqueo era un crimen de guerra y que los aliados habían violado el espíritu y la costumbre del derecho de guerra amparados en justificaciones leguleyas.

La legalidad y la legitimidad de los bloqueos navales ha sido materia de discusión política, diplomática y jurídica desde tiempos de la antigua Grecia. A partir de las guerras napoleónicas y el muy eficaz Bloqueo Continental impuesto por Gran Bretaña, las naciones europeas desarrollaron usos, costumbres y prácticas para equilibrar las necesidades de libre comercio con la persecución de objetivos militares. La distinción fundamental entre los bloqueos fácticos y los jurídicamente válidos había quedado desdibujada a partir de las prácticas británicas, mismas que representaban el debilitamiento del sistema internacional previsto en el Tratado de Westfalia. El punto de inflexión legal llegó con la Guerra de Crimea: las siete naciones involucradas acordaron en la Declaración de París de 1856 que un bloqueo debía tener eficacia. En términos estrictos esto significaba mantener una fuerza suficiente alrededor de las costas enemigas para impedir la llegada de buques y mercancías. De un plumazo se había vuelto ilegal el bloqueo ficticio, basado únicamente en la declaración de guerra y que permitía actos de piratería y amparados en patentes de corso. La segunda conferencia

---

*it had been in 1913.<sup>12</sup> Indirectly, at least, the blockade breached the principle of non-combatant immunity. [...] In this battle for the ideological high ground, Britain had a clinching if less idealistic argument. America's protests about the obstacles created to free trade were silenced by the profits that allied orders generated. In January 1914 US exports by value totalled \$204 million. In July the economy was in depression and exports had fallen to \$154 million. By December they had climbed back to \$245 million. A year later, in December 1915, they reached \$359 million, and in December 1916 \$523 million. American shares soared: the Dow Jones index showed an 80 per cent gain between December 1914 and December 1915".* H. Strachan, *op. cit.*, supra nota 12, pp. 190-192, 2005. Véase también: Eric W. Osborne, *Britain's Economic Blockade of Germany, 1914-1919*, Londres y Nueva York, Frank Cass, 2004 (Cass Series: Naval Policy and History 24); Matthias Blum, "Government Decisions before and during the First World War and the Living Standards in Germany during a Drastic Natural Experiment", *Explorations in Economic History*. Amsterdam, vol. 48, num. 4, 2011; Stephen Broadberry y Mark Harrison, editores, *The Economics of World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005; Bruce A. Elleman y Sarah C. M. Paine, editores, *Naval Blockades and Seapower: Strategies and Counter-Strategies, 1805-2005*. Londres, Routledge, 2006.

de paz en La Haya en 1907 no logró el acuerdo buscado entre las potencias navales. Para preservar su dominio Gran Bretaña había propuesto un punto de acuerdo prohibiendo el uso de minas submarinas como parte de un bloqueo efectivo, lo cual fortalecía su posición como la principal armada de la época. Esta posición ventajosa se reflejó en la siguiente discusión sobre el tema. En 1909, la Conferencia de Londres significó el último eslabón en la codificación de las acciones militares antes del estallido de la guerra mundial. Al mismo tiempo reflejó los intereses irreductibles de las potencias y la imposibilidad de alcanzar acuerdos sobre la base de concesiones mutuas. Los puntos de consenso incluyeron que solamente tendría validez jurídica un bloqueo efectivo –permanente, con fuerzas navales suficientes y constante supervisión de los puertos enemigos–, declarado y notificado con apego al derecho internacional. Fortaleciendo los intereses británicos, únicamente se consideró válido el bloqueo a puertos enemigos –no a los neutrales–, se eliminaron las cláusulas de la “travesía continua”, de *droit de suite* –derechos a la ganancia indirecta– y de evitarlo mediante banderas o declaración de neutralidad. Gran Bretaña no lo ratificó debido a que habría recortado los alcances del bloqueo planeado contra Alemania y Austria-Hungría, pero fue considerado la expresión más clara del *ius cogens* marítimo y observado hasta cierto grado en los conflictos subsecuentes. No obstante, el desarrollo tecnológico, según von Heinegg llevó a su abandono, particularmente en lo tocante al bloqueo de puertos neutrales.<sup>26</sup>

El hecho es que la campaña submarina irrestricta de Alemania fracasó y tuvo efectos negativos para su esfuerzo de guerra, mientras que los aliados consolidaron a través del bloqueo el estrangulamiento industrial, económico y demográfico del enemigo. El éxito del bloqueo de superficie de los aliados se debe a múltiples factores. Hemos hablado de la superioridad de la flota particularmente británica, pero también existieron elementos que inclinaron la conducta de los países neutrales o no beligerantes. Hasta 1917 las naciones neutrales realizaron espectaculares negocios

comerciendo y traficando de manera encubierta con ambas partes. Estados Unidos, Suiza, Holanda y Suecia fueron países vitales en la construcción de un comercio paralelo que enriqueció enormemente a sus capitalistas y traficantes. Estados Unidos triplicó sus exportaciones y el índice de pago de unos registró un aumento del 80 % en el primer año de la guerra. No fue sino hasta la entrada estadounidense al conflicto que se inclinó la balanza y los aliados consiguieron cerrar el cerco a Alemania y destruir su mercado interno.

Las dos campañas navales demuestran la escasa o nula importancia que dieron las potencias a las bajas civiles provocadas por el bloqueo naval de superficie o submarino. El hecho de que se hayan condenado hasta la actualidad los hundimientos submarinos irrestrictos mientras que el bloqueo a las potencias centrales ha pasado casi al olvido no significa que no hayan sido en ambos casos políticas criminales aplicadas mediante mecanismos y dispositivos militares. En la carrera hacia la guerra total el objetivo de socavar o destruir la capacidad de combate del enemigo mediante la destrucción de su economía fue cumplido sin importar las bajas civiles. En el mejor de los casos, las muertes de no combatientes fueron consideradas simplemente un efecto colateral de medidas militarmente adecuadas. En el peor de los casos, se trató de ampliar dentro del espectro de los objetivos ilícitos a la población completa de la nación enemiga.

## V. Reflexiones sobre atrocidades y crímenes de guerra a un siglo de distancia

El marco normativo para limitar los efectos bélicos sobre combatientes y no combatientes fue utilizado política y propagandísticamente durante la Primera Guerra Mundial. Las convenciones de Ginebra y La Haya, que desde mediados del siglo XIX habían ratificado la costumbre y puntualizado algunos de los principales aspectos humanitarios durante las hostilidades, fueron siempre objeto de debate. Cuando las potencias se encontraban frente a desafíos armados no convencionales, particularmente en el frente interno o en las posesiones coloniales, la violación

<sup>26</sup> Heinegg, Wolf Heintschel von, “Naval Blockade and International Law”, en *op. cit.*, *supra* nota 25., 2006, pp. 12-15.

del espíritu y letra de las convenciones y tratados fue generalizada. Éste es el momento histórico en el que se desató la hecatombe de 1914: una situación en la cual la referencia normativa estaba incompleta y la que existía había sido utilizada a conveniencia por las potencias militares. Danilo Zolo ha ponderado detenidamente este problema. Propone que fundamentalmente la justicia en la guerra se imparta tras los hechos y a conveniencia de las naciones victoriosas; *La justicia de los vencedores* es el sugerente título de su obra más conocida. Subraya que ni el derecho de la guerra o *ius in bello*, referido a la legalidad y legitimidad de una declaración de hostilidades, ni el derecho en la guerra o *ius ad bellum*, enfocado a la conducta de los combatientes durante el conflicto, son determinados previamente ni han sido respetados nunca a cabalidad. Los juicios definitivos existen con posterioridad a los hechos, un camino analítico útil para entender lo ocurrido entre 1914 y 1918 dentro y fuera de los campos de batalla. La distinción es importante, porque el marco de referencia humanitario, que en la actualidad podríamos llamar perspectiva de derechos humanos, ha cambiado enormemente desde esa época. Por ello es fundamental establecer la plataforma comparativa, con el propósito de evitar aplicar valores y axiomas determinados históricamente y que resulta inútil proyectar a condiciones diferentes. De hecho, esta comparación entre el marco existente antes de la Gran Guerra y el actual sistema de protección resulta imprescindible para poder retomar las lecciones históricas y evitar la repetición de los mismos actos criminales en el presente y futuro.

Los crímenes de guerra obedecieron a patrones culturales determinados tanto en la realidad como en la propaganda. Para esta última la alusión a los temores y miedos tradicionales que se basaban en prejuicios de todo tipo fueron los más eficaces para la reproducción ideológica del odio al enemigo y la subordinación al esfuerzo de guerra. Una de las exageraciones e incluso invenciones más comunes fue acusar al otro, al representante de la alteridad, de delitos de género específicamente enfocados en lo sexual. De esta manera, los incidentes que en la mayor parte de los casos estudiados parecen haber sido debidos a desobediencia e indisciplina locales, fueron

transformados en marejadas de violaciones tumultuarias con lujo de violencia y sadismo.<sup>27</sup> La violación de Bélgica se convirtió en el punto de referencia para la barbarie sexual alemana al grado que en la siguiente conflagración mundial la mayor parte de los británicos no creyó en los hechos cometidos por los nazis. A su vez, alemanes y austrohúngaros construyeron un discurso en el que el invasor ruso aparecía como un primitivo y lascivo tártaro, eslavo o mongol, por lo que el deber de todo recluta sería defender a las mujeres de la nación. La mayoría de los autores contemporáneos es de la opinión que esta propaganda tuvo efectos muy negativos en la disposición al negociar una posible paz y solamente reflejó los temores y prejuicios culturalmente determinados de las sociedades que los construyeron.

Uno de los problemas militares explorados por Clausewitz fue el del escalamiento de un conflicto. Su reflexión sobre la experiencia particular en los campos napoleónicos de Rusia y España fue que un enemigo débil podría explotar su posición de debilidad mediante el escalamiento para presionar al poder superior. Diversos grados de brutalidad, represión, tortura, terrorismo y tácticas similares harían su aparición al enfrentarse en condiciones desesperadas a un enemigo que difícilmente aplicaría las mismas medidas. En el contexto de la Primera Guerra Mundial la lógica del prusiano parece aplicable; la mayor parte de los crímenes de guerra cometidos en este conflicto tuvieron lugar en condiciones de asimetría de fuerza. Abusos contra prisioneros de guerra, deportación y trabajos forzados de poblaciones ocupadas y procesos genocidas contra grupos étnicos enemigos fueron los escenarios principales de las atrocidades. El escalamiento del conflicto siguiendo la ruta de la guerra total implicó dejar de lado cualquier tipo de control político, mismo que Clausewitz había considerado única solución para no llevar esta violencia a un fin sin sentido.<sup>28</sup>

El propósito instrumental de la propaganda acerca de las atrocidades cometidas por el enemigo es evi-

<sup>27</sup> N. F. Gullace, *op. cit.*, *supra* nota 6, p. 714.

<sup>28</sup> Christopher Daase, "Clausewitz and Small Wars", en *op. cit.*, *supra* nota 1, pp. 193-194.

dente. De manera preliminar podemos referirnos a estos:

1. Influencia en la opinión pública en los países aliados y neutrales. Múltiples objetivos: conseguir alianzas militares, restricción del comercio e intercambio con el enemigo, etcétera.
2. Influencia en el frente doméstico con el fin de sumar esfuerzos, especialmente para combatir el pacifismo y las objeciones que derivan en el debilitamiento del esfuerzo de guerra.
3. Justificar las acciones de guerra propias. Los excesos solamente los comete el enemigo.
4. Deshumanización del enemigo con el fin de multiplicar el efecto de las medidas internas y externas.

La construcción del discurso propagandístico tuvo diversos grados de aceptación en la población aliada y enemiga. Los casos más efectivos se basaron en el aprovechamiento de los prejuicios y temores culturalmente determinados, como fue el caso de la imaginada violencia sexual de los invasores. En este sentido, la construcción del enemigo como alteridad absoluta consiguió deshumanizarlo al describirlo como un fanático cegado por la lujuria. Defender a las mujeres de la nación fue machacado una y otra vez a los jóvenes para presentarse como reclutas, a los soldados para fortalecer su voluntad de combate y a la población del frente doméstico para subordinar sus libertades y conquistas individuales y corporativas a la voluntad del gobierno. La propaganda construyó en buena medida el marco ideológico en el cual el conflicto se desplazó hacia la guerra total.